

Tierra, vida y familia: política territorial y orden familiar en dos novelas de David Viñas

Marcos Zangrandi*
Universidad de Buenos Aires - Conicet

Resumen

En dos de sus primeras narraciones, David Viñas sitúa la acción durante la ocupación y consiguiente explotación de la Patagonia y la Pampa a la luz de las disputas económicas y de la acción criminal del Estado sobre los obreros y las poblaciones nativas hacia fines del siglo XIX y principios del XX. A partir del análisis de las novelas *Cayó sobre su rostro* (1955) y *Los dueños de la tierra* (1958), este trabajo indaga en la relación entre este proceso –que aparece como telón de fondo de ambas narraciones– y la paralela construcción de la casa, la propiedad y la familia burguesa. En este sentido, se exploran los vínculos entre el violento ordenamiento y apropiación del territorio, y la edificación del hogar y las relaciones familiares. En otras palabras, estos textos de Viñas permiten pensar los lazos entre el derrotero de políticas territoriales que va de Roca a Yrigoyen, y los ordenamientos privados (domésticos, sexuales, económicos) que emergen en estas coyunturas.

Palabras clave

David Viñas - propiedad - familia - territorio - violencia

***Land, Life, and Family: Territorial Politics and Family
Order in Two Novels by David Viñas***

Abstract

In two of his first novels, David Viñas sets the action during the occupation and subsequent exploitation of Patagonia and the Pampas in relationship with economic disputes and criminal action on the workers and the native populations in the end of the nineteenth century and early twentieth century. Through the analysis of the novels *Cayó sobre su rostro* (1955) and *Los dueños de la tierra* (1958), this paper explores the connection between this process (which appears as a backdrop in the stories), the possession of territories, and settlement of bourgeois family. Thus, this work seeks for the links between violence, the appropriation of territory, and the home and family relationships.

Keywords

David Viñas - property - family - territory - violence

Introducción

Las imágenes de la casa y su invasión o destrucción, el simulacro y la apariencia son las figuras privilegiadas de la literatura posperonista y los emergentes de un encendido debate entre escritores de distinto signo ideológico –de Borges a Rozenmacher– durante un lapso atravesado por la transformación sociopolítica (ver Avellaneda). Las primeras narraciones de David Viñas, sin embargo, evitan estas retóricas y, en cambio, subrayan la necesidad de pensar la tierra y su apropiación antes que la figura de la vivienda ocupada. Apuntan, contiguamente, a la necesidad de debatir no sobre dicha intrusión inscripta en el eje civilización/ barbarie como desplazamiento simbólico de la república bajo el peronismo, sino sobre el asentamiento de la familia como ente de ordenamiento sexual y social en el que se asienta la construcción del país desde el siglo XIX. Las novelas *Cayó sobre su rostro* (1955) y *Los dueños de la tierra* (1958) plasman, en este sentido, un cruce polémico sobre la discusión posperonista y un gesto de agudeza sobre la formación política, económica y social de la Argentina.

1. Posesión de la tierra, gestión de la vida

En efecto, ambos textos, en su recorrido histórico desde el rocato hasta el primer gobierno de Yrigoyen, señalan el proceso y la modalidad de apropiación del territorio, y complementariamente, de gestión política de la vida sobre los espacios conquistados. Viñas resalta así el cruce necesario entre la acción de conquista violenta de la tierra, la imposición de una forma económica predominante y la manera social y vital que se desarrolló en esos territorios.

Es notable, en este sentido, la manera en que se vinculan las imágenes de la tierra con su apropiador en los prime-

ros capítulos de *Cayó sobre su rostro*. El relato nos lleva al remoto pasado de Antonio Vera, el protagonista, durante una campaña militar en la frontera con el indio. Vera conversa con Sosa, otro uniformado, que tiene hundidos los pies en el agua estancada de una zanja. Así como parece hundido en la tierra, Sosa está contiguamente descrito como una bestia en los ojos de Vera, quien “le miraba los pies, los dedos tan largos como de las manos y una orla de pelos alrededor de los tobillos” (17). Pero también los demás conscriptos se asemejan a animales en el fango, confundidos con el lodo: “todos los soldados estaban allí amontonados como esos dos sapos del otro lado del zanjón. Hasta parecían verdosos esos hombres, tan verdosos como el agua espesa del zanjón” (23). Las percepciones de Vera ligan a la tierra y a la bestialidad a los hombres subordinados; su vida, especula, no tiene el mismo valor que el de esos hombres.

A continuación, Sosa y Vera se dirigen a una laguna para refrescarse. Vera se mete al agua y observa escondido en silencio cómo dos indios de forma imprevista atacan y matan a un Sosa desnudo y desprevenido a la orilla del agua. Vera se apropia del sueldo de Sosa, de las tierras que iban a entregarle, de su nombre. Lo interesante de la escena, para este análisis, es el lazo de la tierra con los hombres; para Vera, los que están arriba dominan la tierra y los hombres ligados a ella, sean soldados, indios u obreros, quedan hundidos en ella —mucho de ello tiene relación con la figura de los “hombres de a caballo” sobre los que más adelante escribiría Viñas y sin dudas con la caída del caballo de Antonio Vera, poco antes de morir—. Puede verse en estos hombres animalizados, confundidos con la tierra y reducidos a la vida desnuda, el reflejo de la aniquilación de los indios que en la novela aparece entre bambalinas; en cualquiera de los casos, bajo el orden de la república liberal y de la inclusión del país en el capitalismo imperialista del siglo XIX, su vida no tiene mayor valor.

La tierra ha de ser conquistada; los hombres exterminados, subyugados o castrados. En este sentido, Gabriel Giorgi, siguiendo la reflexión de Susan Buck-Morss, apunta que el Estado-nación moderno es primordialmente espacial y, en consecuencia, su elemento principal de construcción es la frontera. La anexión de la Patagonia al territorio argentino sería así ejemplar respecto de este tipo de imaginación. Pero Giorgi advierte que Viñas adiciona a esta conquista otra, de tipo biopolítica, que implica la gestión sobre los cuerpos; en el caso de las acciones sobre las poblaciones patagónicas, su eliminación del territorio para la construcción del mapa, reflejado en la atroz imagen escolarizada como “conquista del desierto”.

En este sentido puede advertirse una relación especular entre los grupos que son alternativamente la amenaza y el blanco de las *élites* liberales. En el último cuarto del siglo XIX, ellos son los indios que delimitan la frontera sur; hacia las primeras décadas del siglo XX, los obreros, en buena parte inmigrantes, que ponen en peligro el orden social. Anota Viñas en *Indios, ejército y frontera*:

Los enemigos prioritarios en el nuevo siglo eran el obrero anarquista, el agitador social y el sindicato [...] todos esos eran los que organizaban los malones rojos que ya no salían de Carhué o de las Salinas Grandes; las tolderías de ‘la Sodomía del Plata’ quedaban ahí nomás, en la Boca. Es que a lo largo de un cuarto de siglo se había producido la inversión de la dicotomía de Sarmiento (1982: 115).

Centrada durante las huelgas patagónicas de 1920 y 1921, la narración de *Los dueños de la tierra* sitúa a la masacre de los obreros en el mismo espacio geográfico que el que vio las matanzas de los indios, señalando con ello la relación nada contingente entre uno y otro grupo exterminados, y además la presencia de la persistencia de la frontera conquista-

da y del dominio violento de la tierra. La aparición de esta novela en 1958 implica además una intervención política de Viñas sobre eje sarmientino. Si las narrativas posperonistas concentraban el debate en el eje civilización/ barbarie que podía hallarse vinculado a las retóricas de la invasión (Gamerro; Sebrelí), Viñas, en cambio, pone frente a frente al trabajador industrial y urbano contemporáneo a la publicación de esta obra –sujeto privilegiado del discurso peronista y luego desplazado– con el obrero anarquista y de izquierda, actor del proceso de cambio social de principios de siglo. Existe entonces una brecha, parece decir el narrador, entre el “cabecita” visibilizado durante los gobiernos peronistas, y el sujeto cíclico combatido y exterminado periódicamente por un país que no ha cambiado en profundidad su estructura económica y política.

Es notable, por otro lado, la manera en que la propiedad se vincula con cierto orden sexual en estos dos trabajos de Viñas. La narración de *Los dueños de la tierra*, se inicia con un episodio donde se cruzan el exterminio de los indios y su castración *postmortem*. La escena se desarrolla en 1892, varios años después de la campaña de Roca, cuando los estancieros con sus subordinados armados realizan las tareas de aniquilación en el extremo sur argentino. Las comparaciones con animales se repiten: ambos hablan de acorralar a los indios como guanacos o como lobos marinos; más adelante, los disparos se mezclarán con los gritos de los patos. La vida humana nuevamente es equiparada a la animal, los hombres de Gorbea “cazan” y “faenan” un grupo de vidas despojadas de valor –a diferencia del ganado que más adelante enriquecerá a sus propietarios–. El estado aquí es el promotor de la apropiación violenta de la tierra y de la tácita “limpieza” de los territorios, sin que haya algún impedimento sobre la vida que se desarrolla allí; alimenta, en todo caso, un orden donde cier-

tas vidas, dentro del orden económico hegemónico, cobran valor y otras son devaluadas al mínimo. “Todo era cuestión de presentar uno de esos formularios del Gobierno –piensa uno de los estancieros mientras oye los tiros–. Después había que limpiarla” (14). Un detalle amplía el sentido de la escena: se paga a los cazadores por cada miembro sexual masculino. Lo que por un lado implica el cercenamiento étnico, por el otro es castración y sometimiento sexual; “matar era como violar a alguien” –cavila uno de ellos– “había que correr, se podía gritar, se sudaba y después se sentía hambre” (11).

La cadena de apropiación implica así territorialidad, capitalismo, exterminio y dominio sexual. La figura paradigmática de Antonio Vera, protagonista de *Cayó sobre su rostro*, se afirma sobre estos cuatro pilares: oficial de las campañas contra los indios, se convierte en dueño de inmensos campos en Cañuelas, fuente de sus riquezas, y además tiene dominio sexualmente activo sobre las personas que lo rodean. Durante los tiempos de la guerra mata con una excusa a un colega, Videla, para quedarse con la que sería su mujer, Consuelo. Pero también hecha mano a Mariquita, la mujer de su amigo Corti, e inmediatamente recluye a la pareja en su casa para obrar con facilidad. A Vera le deleitan tanto los placeres que le ofrece Mariquita como los que siente al humillar a Corti, reduciéndolo a apocado, cajetilla, de corta hombría –en los términos que la entiende Vera– o sencillamente como un cornudo. El placer para Vera se centra en la posesión de ambos, en la mujer que se ríe de su dócil marido y en el hombre que se doblega al poder y no duda en decirle: “Usted es demasiado hombre, don Antonio” (91). Para Vera, el poder territorial también tiene que ver así con las variantes de los términos violar y castrar.

2. Territorios de la familia burguesa

La apropiación de la tierra y la conformación social y racial de la familia tienen un correlato directo según se desprende de *Cayó sobre su rostro*. En el relato, el mismo patrón rige para la apropiación violenta de la tierra y para la posesión de una mujer, arrebatada a otro soldado en los tiempos de la campaña. Esa mujer, Consuelo Ribas, provinciana y de pasado no del todo claro, tiene rasgos que Vera quiere para establecer su poder. Ella es blanca, es rubia, es descendiente de inmigrantes europeos y sabe leer; su aspecto reafirma la política racial que se impone en la Patagonia. Eso le basta a Antonio Vera para elegirla y mantenerla a su lado. Vera no sólo traza líneas y fronteras territoriales sino que contiguamente marca las sexuales y raciales; tierra, familia y sexualidad serán así aliadas en el cimiento político del caudillo.

En el juego de pasados y presentes de esta novela son evidentes dos familias de Vera que se alternan y que se enfrentan. Por un lado, la familia “gringa”, “blanca” que conforma Vera junto a Consuelo y al hijo que tienen juntos, Vicente. Por otro, la familia “china”, no menos funcional, que lo liga a Isabel y a Gervasio. Como muestra de esa confrontación, la narración marca una oposición entre los dos niños; uno criado en la virtuosa familia burguesa, el otro, un hijo de una sirvienta, extramatrimonial, negado por su padre; uno blanco, el otro mestizo. Ambos niños se conocen e inmediatamente se enfrentan. Vicente recoge los moteos “mujercita”, “gordo”, “marica”; Gervasio, en cambio se gana los de “bastardo”, “chino” y “guacho”. Antonio los observa mientras se pelean, alentando a Vicente porque “se trataba de sí mismo, de quien él había elegido y apoyaba, de sus propias manos estiradas o prolongadas” (59). Pero al ver que el otro niño es más fuerte y hábil, Vera interviene directamente sobre Gervasio y le exige a Vicente que golpee a ese “chinito hijo de cualquiera” (60). Por fuera de la dureza de la escena, el enfrentamiento y la

intervención de Vera evidencian el sostén que para éste implicaba su grupo familiar y de la importancia de la fortaleza del enclave familiar burgués en relación con su dominio por fuera del hogar.

Esta esquemática oposición se vuelve más compleja cuando se confrontan los personajes de las dos novelas. En ese sentido es interesante ver las diferencias entre las mujeres de Antonio y Vicente, padre e hijo. Por un lado, Antonio valora positivamente la condición de mujer blanca de Consuelo, así como su sumisión y aires de señora, de acuerdo con las ambiciones del caudillo, por otro lado la defenestra su supuesta robustez y debilidad considerándola una “chancha blanca” o una “lustrosa vaca sagrada” (54). Vera le impide asimismo salir a pasear por Cañuelas junto a Mariquita, marcando el valor del encierro doméstico como enclave social virtuoso, y con ello el puente necesario entre el mundo familiar y la figura pública de Vera. En particular, la concepción del cuerpo femenino de *Cayó sobre su rostro* remite a cierto imaginario del Medioevo europeo, según lo anota Élisabeth Roudinesco, en tanto se lo equipara con la tierra parcelada, dominada y fértil sobre la que siembran y cosechan los hombres —una idea que suponía a la mujer por debajo del estándar humano y la presumía directamente ligada a la concepción—.¹ Sin dilatar el análisis en teorías de género, la novela *Viñas* construye simbólicamente un paralelo entre la posesión doméstica de una mujer y la apropiación de la tierra como dos elementos recíprocos.

Diferente es el personaje Yuda Singer, la pareja de Vicente Vera en su misión mediadora en Río Gallegos. Yuda es judía, culta, inteligente y desconfiada de las buenas inten-

¹ Algo de razón tenían, en este sentido, las teorías feministas que la modernidad emancipó y les otorgó derechos a los varones, mientras que a las mujeres las mantuvo en una relación patriarcal y servil puertas adentro (ver Pateman).

ciones del gobierno de Yrigoyen. Vicente busca continuamente el equilibrio “neutral” que supone que el Estado ha de tener entre las exigencias de patronos y obreros, Yuda, en cambio, interviene permanentemente para mostrar las contradicciones del ideal del abogado y, por extensión, de la política yrigoyenista. “Pertenece a un partido de señoritos que se derriten por los verdaderos señoritos y que por otro lado se enternecen por los que están abajo” (173), lo acusa Yuda a medida que Vicente va descubriendo su fracaso. Y de la misma manera es capaz de rechazar el lugar doméstico y social que ha tenido una mujer como Consuelo: “usted es de los que las mujeres se muestren blanditas sumisas. No quieren gallos, prefieren monos, monos blandos que no pongan resistencia” (121). Yuda no encaja en los moldes del orden doméstico burgués y en consecuencia, trazando nuevamente el paralelo entre mujer y tierra, si el de Consuelo era blanco y mórbido, Yuda define su propio cuerpo como, “una porquería” (126) que se escama por la psoriasis y que está marcado por la violencia que sufrió a causa de su condición de judía. El cuerpo de esta mujer es la imagen de la tierra sublevada, de la tierra y de los “bárbaros” que se resisten al sometimiento. De la misma manera, el fracaso de la mediación de Yrigoyen frente a la oligarquía del agro tiene un correlato familiar: la pareja y su futuro hijo tienen que salir de esta tierra dominada por los terratenientes, donde no hay mayor espacio para la rebelión.

Hay otro aspecto en *Cayó sobre su rostro* de particular interés para los lectores de 1955. Gervasio, el otro hijo de Vera, le roba ropas buenas y anda vestido con ellas por el pueblo, compadreado. Vera protesta, pero no hace nada para impedir que ese hijo “chino” haga lo que hace. Una primera interpretación de estas acciones, en relación con las retóricas que circulaban por esos años, es que Gervasio, el marginado de la familia, “ocupa”, “invade” la casa y se

apropia paulatinamente de ella. Una interpretación fútil si se tiene en cuenta los orígenes y la manera engañosa mediante la cual Antonio Vera construyó su riqueza y su posición social de la que da cuenta todo el relato. Tampoco resulta interesante a la luz de la figuras del parricidio y de la caída del padre, tópicos privilegiados de la narrativa posperonista y en particular de la de Viñas. Me pregunto, en cambio, si esta imagen de Gervasio hurtando y usando la ropa de su padre no indaga en la figura de la herencia. El muchacho que no tuvo ni la educación ni las oportunidades del hijo matrimonial, acaso no hace sino tomar de su padre lo que le corresponde y lo que la ley le impedirá tener después de muerto Antonio. Es un punto relevante si se tiene en cuenta el diálogo de esta narración con la abolición de la forma legal del hijo ilegítimo poco antes del golpe de estado de 1955 y la importancia política que había tenido la imagen del hijo extramatrimonial en las mismas figuras de Perón, de Evita, y de manera figurada, de los sectores sociales que habían sido la base del peronismo (Cosse). Por otro lado la figura de Gervasio es especialmente sugerente cuando en 1955 se publicó *Cayó sobre su rostro*, en tanto daba cuenta de un hijo negado frente a la pronta muerte de su poderoso padre y que ineludiblemente se ligaba con la caída de Perón y con la proscripción del movimiento. Me pregunto entonces cómo se disparaba esta imagen, que no ha sido advertida en ninguna de las críticas de esta novela, en los primeros lectores de Viñas respecto de la herencia política y social que había dejado el peronismo y que dominó la agenda cultural a partir de 1955 (Sarlo; Altamirano).

*Marcos Zangrandi (UBA/ Conicet) egresó de la carrera de Comunicación de la Universidad Nacional de Cuyo (Argentina) y continuó sus estudios de posgrado en la Universidad de

Buenos Aires. Se desempeñó como investigador en el Instituto Histórico de Buenos Aires. En 2009 coordinó el volumen *La Ciudad Viva, Buenos Aires, 1963. Ensayos radiofónicos inéditos*. Ha publicado diversos artículos sobre la literatura y el cine argentinos de las décadas de 1950 y 1960, así como algunos textos sobre la historia de Buenos Aires. Actualmente ejerce la docencia en la Maestría en Diseño de la Universidad de Palermo.

Bibliografía

- Altamirano, Carlos (2007). *Bajo el signo de las masas (1943- 1973)*. Buenos Aires: Emecé.
- Avellaneda, Andrés (1983). *El habla de la ideología. Modos de réplica literaria en la Argentina contemporánea*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Cosse, Isabella (2006). *Estigmas de nacimiento. Peronismo y orden familiar 1946- 1955*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Gamerro, Carlos (2007). “Julio Cortázar, inventor del peronismo”. En Korn, G. (Comp.). *El peronismo clásico (1945-1955) Descamisados, gorilas y contreras*. Buenos Aires: Paradiso.
- Giorgi, Gabriel (2004). *Sueños de exterminio. Homosexualidad y representación en la literatura argentina contemporánea*. Rosario: Beatriz Viterbo.
- Roudinesco, Élisabeth (2010). *La familia en desorden*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Pateman, Carol (1996). “Críticas feministas a la dicotomía público/ privado”. En Castells, C., *Perspectivas feministas en teoría política*. Barcelona: Paidós.
- Sarlo, Beatriz (2007). *La batalla de las ideas (1943-1973)*. Buenos Aires: Emecé.
- Sebreli, Juan José (1964). *Buenos Aires, vida cotidiana y alienación*. Buenos Aires: Siglo XX.
- Viñas, David (1966) [1958]. *Los dueños de la tierra*. Buenos Aires: Eudeba.
- Viñas, David (1975) [1955]. *Cayó sobre su rostro*. Buenos Aires: Siglo Veinte.
- Viñas, David (1983). *Indios, ejército y frontera*. Buenos Aires: Siglo XXI.